

I N F O R M A C I O N E S

25º aniversario de la fundación de la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata

El 10 de mayo de 1944 se cumplió el 25º aniversario de la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata.

La casa que inició sus actividades como escuela preparatoria, con dos profesores y 200 alumnos, cuenta ahora con 1.300 estudiantes, y el término medio anual de egresados es de 90.

Ocupa actualmente su decanato el profesor Victorio Monteverde, siendo vicedecano el profesor Rodolfo Rossi, y constituyendo su consejo académico los profesores José Belbey, Diego Taylor Gorostiaga, Egidio S. Mazzei, Federico Lozano y Eduardo Caselli. En el último año las autoridades han incorporado al cuerpo docente al profesor Pío del Río Hortega, han fundado el Instituto de Medicina Legal y el curso de Médicos Legistas, y entre otras actuaciones, han sancionado la ordenanza sobre organización de la carrera docente.

Con motivo de la fecha mencionada, se realizó un brillante acto académico conmemorativo, de acuerdo con lo dispuesto por el decanato, acto que contó con el auspicio de las autoridades universitarias y el concurso del cuerpo docente y alumnado.

RESOLUCION DEL DECANATO EN CONMEMORACION DEL 25º ANIVERSARIO DE LA FACULTAD

La Plata, 29 de abril de 1944.

Atento a que, cumpliéndose el próximo 10 de mayo el 25º aniversario de la fundación de esta Facultad, y

siendo ésta una fecha gratísima para todos los que en una u otra forma estamos vinculados a esta casa, y;

Que no sólo será festejada en esta oportunidad una simple fecha, sino que, echando una mirada al camino recorrido ver a través de él todos los esfuerzos realizados en los primeros momentos; la acción lenta y silenciosa; pero amplia y segura, coronada por el éxito en la idoneidad y preparación de sus egresados;

Que veinticinco años transcurridos, en la vida de una institución como la nuestra, apenas bastan para organizar, para delinear caminos a seguir, para encauzar inquietudes y aspiraciones de trabajo; que veinticinco años apenas alcanzan para preparar los moldes de la obra final: el edificio institucional que nunca puede ser acabado con individualismos sino con el apoyo, la voluntad y el acerbo intelectual de todos;

Que pese al breve lapso de tiempo transcurrido la obra cumplida podemos considerarla satisfactoria: han egresado de nuestra casa profesionales hoy de gran relieve científico. En nuestras aulas imparten enseñanza los más grandes maestros de la materia, no sólo del país sino de la América toda;

Que el Honorable Consejo Académico de esta Facultad, ha coincidido con la opinión de este Decano, sobre la oportunidad de festejar la citada fecha y por resolución adoptada en la sesión realizada en el día de hoy, aprobó la medida propuesta encargando al Decano que suscribe de la organización del mencionado acto.

Por ello, el Decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de La Plata,

RESUELVE:

- 1º) Realizar el día 10 de mayo a las 10 horas, un acto Académico, en el local del Instituto de Fisiología de esta Facultad, invitándose al mismo al señor Presidente de la Universidad, a todos los señores Miembros del Consejo Superior de la

Universidad, a los señores Decanos y Directores de los Institutos de enseñanza de la Universidad y a todo el personal docente de los mismos.

- 2º) Abrirá el acto haciendo uso de la palabra el Decano que suscribe, y harán uso de la palabra los señores profesores de esta Facultad, doctores Frank L. Soler e Inocencio F. Canestri, en nombre de los profesores más antiguos de la casa el primero de los nombrados y como uno de los primeros egresados integrantes del Cuerpo de profesores de esta Facultad el segundo.
- 3º) Suspender las actividades docentes y administrativas durante todo el día 10 de mayo próximo.
- 4º) Háganse las comunicaciones respectivas, publíquese y previo cumplimiento, archívese.

Victorio Monteverde, Decano. —
Manuel M. Torres, Secretario.

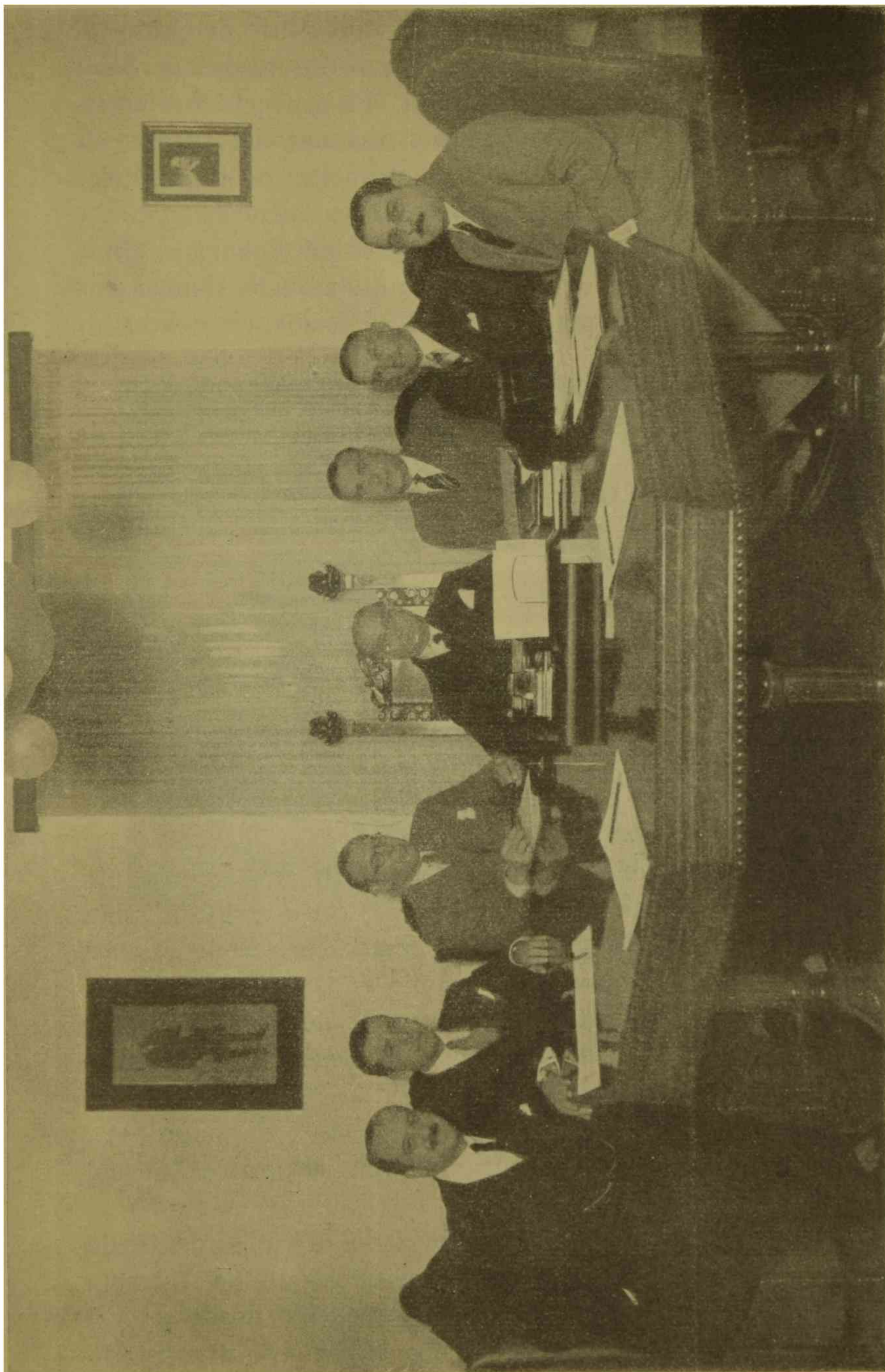
**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DECANO,
PROFESOR Dr. VICTORIO MONTEVERDE,
ABRIENDO EL ACTO**

Señor Presidente de la Universidad,
Señores Consejeros,
Señores Profesores,
Señores Alumnos,
Señores:

Hace 25 años abrió sus puertas la escuela de Medicina, agregando un eslabón más a la cadena de instituciones culturales de la prestigiosa Universidad de La Plata, respondiendo así a las directivas de su ilustre fundador el gran humanista Joaquín V. González, que la soñara grande, integral y trascendente, para lograr el afianzamiento de nuestra nacionalidad, el acrecentamiento de nuestra cultura y cimentar la obra libertadora y civilizadora de nuestros próceres; su talla de hombre superior le prodigó

las posiciones más destacadas como estadista, publicista y educador, desde las cuales culminó su talento, forjando la obra constructiva que atestigua la creación de esta Universidad, que sigue su marcha. Habría sido irreverente recordar una fecha jubilosa de este retoño de la Universidad de La Plata, que él creara con tanto cariño sin asociarlo a su recuerdo. Fué Joaquín V. González, el que volviendo después de la larga ausencia impuesta por la absorbente vida pública, a la Universidad de su formación en la docta Córdoba, en una efeméride como la nuestra, expresaba con la honda emoción del discípulo agradecido, su reconocimiento por las enseñanzas que le habían permitido realizar sus obras y se prosternaba ante sus viejos maestros, llevando como valiosa ofrenda, el haber fundado escuelas y haber creado la Universidad de La Plata. Es que humanista por antonomasia, sabía que por encima de las riquezas materiales están la formación espiritual, como venero de las más grandes conquistas del hombre. Cinco lustros iniciales en una institución de esta índole es plazo breve para una obra trascendente, que por su cohesión defina sus características o señale los lineamientos de una escuela propia, no obstante una pausa en el camino, para recordar esta fecha, ha de ser grata a los profesores, los egresados y alumnos porque ello significa estrechar el vínculo de simpatía hacia la madre intelectual y espiritual de muchas generaciones de médicos, cuya obra social ya prestigia sus claustros. Una mirada retrospectiva al sendero recorrido nos permitirá percibir los aciertos y los fracasos, si los hubiera, para rectificar el presente, y aún, programar el porvenir. Su historia sintética registra dos fundaciones, de las cuales la primera que data del año 1890, coincidía con la creación por ley de la legislatura de la Provincia de Buenos Aires de la Universidad Provincial de La Plata. Aunque disponía que entre las facultades de dicha universidad, debía exigir una para el estudio de las ciencias médicas, esta iniciativa no se llevó a la práctica.

Posteriormente el Dr. Lehmann Nitsche, catedrático,



CONSEJO ACADEMICO. — De izquierda a derecha : Consejeros : Dr. Diego Taylor Gorostiaga, Dr. Egidio S. Mazzei, Dr. José Belbey, Decano Dr. Victorio Monteverde, Secretario Dr. Manuel M. Torres, Consejeros : Dr. Eduardo V. Caselli y Federico S. Lozano.

titular de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, presentó al Consejo Superior en 1908, un proyecto de creación de una escuela preparatoria de medicina de la Universidad Nacional de La Plata. El proyecto fué archivado a pesar de las convincentes razones del autor y la mención de los casos análogos de Francia, con las escuelas preparatorias de Besançon, Clemont y Poitiers.

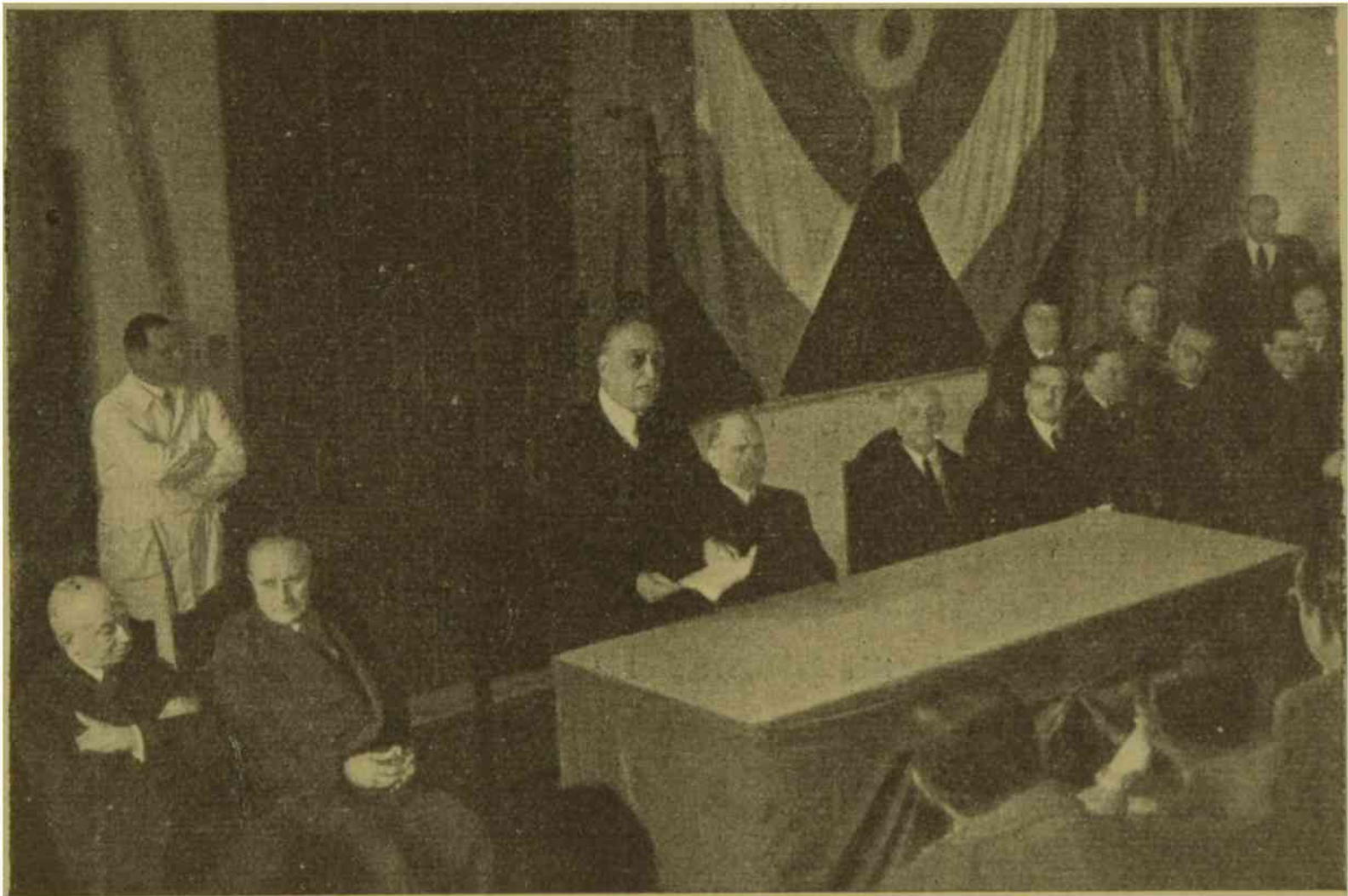
La nacionalización de la Universidad elaboró el clima propicio para su fundación, y para que aquélla llenara sus funciones en una forma integral. La Presidencia del doctor Rodolfo Rivarola fué promisoro para la creación de esta casa, pues por sus relevantes condiciones intelectuales e incansable dinamismo, no podía ser ajeno al progreso de la Universidad, y a su iniciativa, en 27 de abril de 1918, el Consejo Superior de la Universidad dispone la creación de una escuela preparatoria de medicina, pero esta resolución estaba supeditada a la aprobación del P. E. Nacional.

Un año después el 30 de abril de 1919, por decreto del Presidente Hipólito Irigoyen, apruébase la Ordenanza creando una escuela preparatoria de ciencias médicas, que funcionaría bajo la dependencia del Consejo Superior, debiendo constituirse la facultad respectiva, al contar con el número de profesores necesarios para formar el Consejo académico.

Su función era dar la preparación correspondiente a los tres primeros años de medicina, con arreglo al plan de estudios de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. El día 5 de mayo del mismo año, el Presidente de la Universidad Dr. Rivarola, resuelve nombrar Director de la flamante escuela y profesor de Anatomía al Dr. Pedro Belou y profesor de Parasitología al Dr. Daniel Greenway. Por el mismo decreto se fija el día 10 de mayo para que tenga lugar la inauguración, en el anfiteatro del Instituto del Museo.

En ese día, la palabra autorizada del Presidente de la Universidad Dr. Rivarola, expresaba que la Escuela nacía de la concordia de dos universidades, desde que el pensamiento inicial de esta escuela, había sido presentado

al Consejo Superior, previa consulta al rector de la Universidad de Buenos Aires, por el que se establecía la correlación de estudios entre dos universidades del país. Esa comunión espiritual permitió que naciera la escuela preparatoria, hasta que por su madurez y el desarrollo nosocomial de esta ciudad, tuviera los ambientes clínicos adecuados, para completar su elenco docente para toda la carrera médica y se transformara en una Facultad de Ciencias Médicas.



El señor Decano de la Facultad, Dr. Victorio Monteverde, haciendo uso de la palabra al inaugurar el acto académico.

Merece recordarse en este momento algunas frases del discurso del señor Presidente por su elevado sentido ético y educativo y que, tal vez, explicara la demora en la creación de esta casa, tan fundamental por su función social. Decía entonces el Dr. Rivarola: “será consolador para todo espíritu afligido por la discordia universal —discordia entre naciones, discordia entre pueblos y gobiernos, discordia entre partidos, discordia entre clases sociales, discordias entre obreros y patronos, discordia

entre obreros de la paz, discordia en los matrimonios que aumenta la estadística de los divorcios,— saber que en alguna cosa pueden estar de acuerdo algunos hombres; y comprobar, por lo que acabo de decir, esta escuela nace de la concordia entre dos universidades, bajo el amparo benevolente del gobierno.

Y no es esta reflexión mera distracción del pensamiento, como la de un niño que siguiera el vuelo de una mosca: responde a cierto recelo —del cual persona interesada en el éxito de la Universidad me ha dado noticia— que haría mirar la nueva institución como destinada a desalojar cualquier otra de nuestra Universidad. No recojo la versión si la sospecha existe sino para tranquilizar a los recelosos, para protestar de la imputación como de una ofensa, y perdonarla, y para prevenir a los jóvenes contra todo cuento que al herir sus imaginaciones pueda disponerles a la discordia.”

No eran, por cierto, nada auspiciosas las palabras bautismales con que se iniciara a la vida universitaria este nuevo vástago, representado entonces solamente por dos profesores.

El Dr. Belou, su primer Director, en su conceptuoso discurso inicial, acentuaba que la novel escuela, surgía a la lid y entraba a la arena de la especulación científica-médica, como una hermana menor de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires para llenar solamente el ciclo básico de la carrera, para lo cual la universidad contaba con gabinetes, laboratorios y anfiteatro cuya edificación en marcha asegurarían el éxito de la iniciativa para honra de esta ciudad. Sus palabras profetizaban un lisonjero porvenir, para cuando, con el ritmo acelerado de progreso de esta urbe se terminaran los nosocomios en construcción, contando entonces con el Policlínico, Hospital de Niños, Hospital Misericordia para infecciosos y a sólo 10 minutos el Hospicio Melchor Romero, todo ello como base del ciclo clínico de la futura escuela.

La escuela fué organizándose por el esfuerzo sucesivo y tesonero de directores que dejaron impresas las

huellas de su capacidad y labor. Quedan aún en esta casa los recuerdos de las gestiones que en el orden directivo docente y administrativo ellos realizaron. Algunos siguen perteneciendo al profesorado de esta Facultad, los doctores Héctor Dasso, Eugenio A. Galli, Francisco Rophille, Lorenzo Galíndez, Diego M. Argüello y Frank L. Soler. Al Dr. Daniel Greenway, segundo director de esta casa, hemos tenido la desgracia de perderle como profesor honorario no hace mucho. El 20 de marzo de 1934, la escuela se transforma por resolución definitiva del Poder Ejecutivo Nacional, en Facultad. Sería ingratitud imperdonable, dejar de recordar las tesoneras y entusiastas gestiones del profesor Soler y del profesor Galíndez, que culminaron con el logro de tan importante adquisición para la Universidad. No dejaremos tampoco de recordar al cuerpo de profesores que acompañaron en forma auspiciosa tales gestiones, ni al Presidente de la Universidad Dr. Ricardo Levene, que con el Consejo Superior de entonces, sancionaron la Ordenanza que convertía a la escuela en nueva Facultad.

Desde entonces, el estudio de las ciencias médicas, adquiere en la Universidad de la Plata toda su importancia, reconociéndosele el derecho de doctorar a sus egresados y terminándose allí, con una limitación de sus funciones, que, explicable en otro momento, no podía seguir ya aceptándose decorosamente. Mucho más cuanto que al gestionarse la transformación se obtuvo del gobierno de la Provincia que facilitara con los fines de la enseñanza de las materias clínicas los servicios hospitalarios dependientes del mismo. Fué el Dr. Dasso el Decano fundador y cúpome el honor de suceder al profesor Adorni segundo decano de esta casa.

Diez años han pasado desde entonces; autoridades, profesores y alumnos con un indiscutido espíritu de colaboración, han salvado las deficiencias de locales inadecuados e insuficiencia de elementos de trabajo. Sólo un afán incontenido de encomiable superación, han gestado este comienzo de maduración que hoy nos sorprende. El

esfuerzo de distinguidos y respetables profesores que rodearon con acierto a los decanos que tuvieron el honor de dirigir esta casa, acompañándoles en sus gestiones e inquietudes, permitieron la labor constructiva de cerrar la carrera docente, completar el cuadro de profesores, reglamentar la docencia y adoptar disposiciones y medidas mediante las cuales la delicada función universitaria se sostiene y supera constantemente.

¡Cuánta razón asistía al Dr. Rivarola cuando recomendaba a la cordialidad entre todos, alumnos, profesores y directores de enseñanza, y a la más severa disciplina de conducta y de estudio, no la que viene de arriba, de la autoridad o del reglamento, sino la que cada cual se impone con decidida buena voluntad y noble anhelo de mejorar la sociedad en que vive, mejorándose a sí mismo con paciente, invariables, y rígida perseverancia.

Dos profesores y doscientos alumnos iniciaron hace 25 años las tareas universitarias, en la que hoy están empeñados en ardiente labor de progreso, gran cantidad de profesores titulares, suplentes, adjuntos, extraordinarios y libres; aquel plantel de 200 jóvenes llega hoy a más de 1.300. La Facultad cuenta entre sus alumnos y egresados, jóvenes de todas las provincias y gobernaciones, y además, acoge jubilosa a jóvenes de todas las repúblicas americanas, que ahondan en el trato con nuestros jóvenes estudiantes, los vínculos indisolubles de una comunidad espiritual, que da vida y calor a la letra de los tratados. Reconforta pertenecer a instituciones que son en su esencia y en la práctica, una escuela auténtica de solidaridad americana y alientan nuestros afanes, el sabernos guías o maestros de una juventud que pone su mente y corazón, en orientación constante hacia los ideales de nuestros próceres, y que ese ejemplo de promisor hospitalidad para los extranjeros, a quienes brinda sin límites sus afectos.

Hemos entrado con nuestra Facultad en el período de la madurez, aunque gran parte de sus veinticinco años fueron vividos en la forma embrionaria, si bien es aún

escaso el tiempo transcurrido desde que fuera completado el ciclo de la carrera médica, no alcanzado el desarrollo material que permita llenar con comodidad y mayor eficiencia su alta función. La modernización de sus instalaciones que en las materias básicas significa laboratorio y en las materias clínicas los ambientes hospitalarios adecuados, no ha dejado de ser una aspiración. El edificio escuela, preocupación seria de las autoridades, si bien exige grandes recursos, ha de llegar. Aunque consideramos insuficiente la partida de cinco millones votada por la Cámara de Diputados de la Nación en 1942, para poner a tono nuestro hospital escuela con los grandes progresos de la medicina, estimamos, que ello, es un paso decisivo y trascendental.

Los adelantos de la medicina en las materias básicas como la bio-química, la física y la fisiología, han sido tan extraordinarios, que han cambiado muchos de nuestros conceptos en la clínica y han modificado muchos de nuestros elementos para el diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades. En mi época de estudiante, conocimos el primer aparato de Rayos X que había llegado al país en la cátedra del profesor Jaime R. Costa, y estábamos lejos de pensar que había luego de convertirse en el instrumento de una importante especialidad para el diagnóstico y el tratamiento con los rayos ultrapenetrantes; no conocíamos la electrocardiografía, la diatermia, la onda corta, ni la luz ultravioleta artificial, la vitaminología y la endocrinología, que estaban en pañales. Y tanto podríamos decir de la Fisiología con el metabolismo y todas las demás materias de nuestro estudio; ahora con el microscópico electrónico y la captación de las energías orgánicas, asoman perspectivas insospechadas. Los progresos médicos, han determinado tanto acúmulo de conocimientos, que ha afectado a las escuelas médicas, las que han debido tratar de cohonestarlos con los planes dentro del marco de sus respectivas carreras o prolongarlas. Es así que muchas Universidades de Estados Unidos, donde por lo general, las carreras son cortas, han aumentado la du-

ración de algunas que se cursaban en dos años a cuatro. En esta misma escuela se han oído algunas voces en favor del aumento del tiempo de la carrera a siete años. Este criterio simplista, nos llevaría a aumentarla a medida del progreso de los conocimientos, absorbiendo así las mejores energías juveniles en ese largo período preparatorio de la vida lo que amortigua las esperanzas y las ilusiones de la juventud e incide en la economía de muchos hogares.

La Facultad de Medicina, tiene por misiones específicas formar médicos; para lograr el cumplimiento de la misma se habrá de armonizar el mínimo indispensable de conocimientos con el máximo de experiencia clínica y así rendirá el máximo de esfuerzos en el menor espacio de tiempo posible.

A este respecto, creo conveniente repetir lo que dije al asumir el decanato de esta casa: "En el aspecto docente se intensifican algunos problemas que acaso incidan sobre los planes, con la evolución de nuestros conocimientos, en su incesante renovación, la intensificación de algunos aspectos de la especialización y la aparición de nuevas conquistas, que en las ciencias médicas, han venido quemando las etapas, y nos llevan a un momento crucial, en que tal vez, sea imperioso tirar el lastre de lo menos imprescindible, a menos que se prolongue, en forma cuestionable la carrera médica. Ya llega el momento para la carrera médica, de llevar a la práctica, lo que tantas veces se ha declamado, de ajustar la enseñanza a lo estrictamente fundamental y básico, desprovisto de la erudición, más propia de los ateneos y las academias desde que no por ser más sabio se es mejor médico y por lo contrario no se llega ni a lo uno ni a lo otro. Son las facultades por antonomasia, centros de investigación de docencia para la formación de profesionales y de extensión cultural, en su función social, pero el pretender hacer del estudiante un investigador y un profesional malogra los dos propósitos; debemos hacer buenos profesionales, infundiéndoles el amor a la ciencia para que una vez egresados y con el dominio completo de la carrera sientan

la voz interior que los impulse a superarse, respondiendo a esa fuerza oculta que todos tenemos de crear y descubrir lo que nos es desconocido.”

Un reajuste de los programas hacia lo fundamental y una enseñanza práctica han de lograr de ganar en profundidad lo que se pierda en superficie formando profesionales seguros de su arte, para que tengan la honestidad y la ética que infunde la verdad y no el engaño y le restituiremos al médico la jerarquía social que muchos añoran. Seguridad por su preparación, tranquilidad de conciencia, serenidad y valor como fruto de su experiencia. Es lo que debemos aspirar a hacer germinar en el cerebro y el corazón de nuestros alumnos para que ocupen con dignidad el puesto a que tienen derecho en la sociedad.

Del punto de vista de su contribución a la ciencia, es nuestra Facultad una escuela en formación con todas sus deficiencias y sus defectos; superar las etapas es obra exclusiva de su claustro, el que por encima de los intereses personales o de grupo, debe alzar la mira, para que ella no sea una unidad más, sino que por su elevada jerarquía centralice la atención de los estudiosos, y como estrella de primera magnitud, marque rutas y orientaciones por las sendas difíciles de la medicina. Pero, no se beneficia el conjunto, cuando no existe una severa elección de los profesores que lo han de integrar y que deben reunir las condiciones integrales para su delicada misión que es honrosa, pero al asumirla, supone un cúmulo de condiciones de preparación, experiencia, conducta, y hasta de abnegación.

Como expresa Carlos Octavio Bunge, con toda razón “la causa primera de la excelencia de una universidad, es aparte de todos sistemas, la idoneidad de sus docentes quienes por iniciativa y conocimiento personales pueden, al propio tiempo que cumplen con el Reglamento, salvar o callar sus deficiencias. Y la primera causa de una sana constitución universitaria es la organización de su cuerpo de profesores”.

La incorporación de aspirantes al profesorado preo-

cupa actualmente al Consejo académico de la Facultad. Exigir vocación docente, preparación e inquietudes de investigación en quienes han de ostentar el honroso título de profesor, es cohonestar la docencia libre con los altos intereses confiados a la Universidad.

Henos aquí señores, en jubilosa recordación del pasado festejando el cuarto de siglo de la existencia de nuestra institución. A ella nos debemos y el acto de hoy debe ser un compromiso para el futuro, ya que los hombres se deben a las instituciones y todo acto ha de ser en defensa y elevación de ella. Aún en el sacrificio, se ha de ser siempre útil, y cada uno de nuestros actos debe ser realizado con la alta responsabilidad de nuestra función porque debemos saber, que los jóvenes nos observan y que ellos dejan honda huella en su espíritu.

Hago votos para que esta casa, siga siendo el crisol permanente donde se formen verdaderos médicos que sirvan al país con altruismo y desinterés, cariño y estoicismo. Pongamos en esa obra, profesores, autoridades y alumnos, lo mejor de nuestras energías para poder así concurrir con dignidad y orgullo a nuevos actos, en que como hoy, se festeje el aniversario de esta nuestra querida Facultad, a la que soñamos grande, pero cuya trascendencia dependerá de que hayamos generado un ideal de superación y perfección en los que nos sucedan.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL Sr. PROFESOR Dr. FRANK L. SOLER

Señor Presidente de la Universidad, Prof. Ricardo de Labougle; Sr. Decano Prof. Monteverde, compañeros profesores, alumnas y alumnos para quienes particularmente serán mis palabras en este singularísimo acto conmemorativo:

Habéis dispuesto señor que así sea y lo sabéis sin duda todos los que estáis con él asociados por vuestros sentimientos, que de ninguna manera debía admitirse que llegara y transcurriera fecha tan extraordinaria para la

Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata sin que se hiciera un breve acto en la marcha que la caracteriza; sin que nos reuniéramos por un instante alumnos y profesores con el propósito de recordar la época, circunstancias, anhelos, hechos y sanciones que condujeron al advenimiento de nuestra actual Escuela; sin que quienes hoy, cargados de tiempo vivido en constante labor dentro de ella, concurriéramos para echar una mirada retrospectiva y para decir algo de lo que seguramente ignoran los actuales estudiantes, acerca de los esfuerzos iniciales que dieron vida y realidad a la Casa que los prepara, para el ejercicio de la dignísima y útil carrera que han elegido.

Se explica desde luego, que por delegación de las autoridades y en representación del profesorado nos encontremos en este sitio con el fin de contribuir a llenar los momentos de pausa a que hago referencia.

Exaltada la memoria ante el acontecimiento de la fecha, fácil es evocar con su exacto colorido una tarde de invierno del año 1917, en que por solicitud de mi ilustre condiscípulo y amigo, Prof. Pedro Belou llegué a su casa particular de esta ciudad, donde minuciosamente, con entusiasmo creciente, me informó sobre los propósitos existentes de llevar a cabo la fundación de una Escuela de Medicina en la Universidad Nacional de La Plata y extendió para mi examen, los planos del edificio que se levantaría en el lugar que hoy ocupa y al que en seguida visitamos.

Poca atracción ofrecía entonces la enorme galponada de oscuras paredes y aparentemente débil techado. En la luz escasa del día nublado, en medio del silencio y abandono visible de cierto material de transporte allí acumulado, confieso que me era difícil proyectar ilusiones, manifestar entusiasmo, imaginar siquiera, que allí surgiría a corto plazo y adquiriría corporalidad la Escuela Preparatoria de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata.

El entusiasmo del Dr. Belou, su demostrativa argumentación, planos a la vista, cálculo de gastos y de provi-

sión de material anatómico, lo más serio y fundamental, en un ambiente limitado como lo era y sigue siendo sin duda, el de la ciudad de La Plata, desfilando ante mí, me llevaron irresistiblemente a convenir con él en la posibilidad de realización del proyecto en marcha. Belou había sido encargado por el Presidente de la Universidad, el ilustre publicista Prof. Dr. Rodolfo A. Rivarola, para realizar el estudio previo y en ello estaba interesado, a la vez, en garantizar el concurso de los profesores que debían llenar las cátedras de los dos primeros cursos.

En su generosa opinión, mis entonces 18 años de laboratorio de Fisiología, acreditaban capacidad para ocupar la dicha materia, ubicada como lo está al presente, en el segundo año.

Qué lejos me hallaba entonces de pensar en cuanto ocurrió poco tiempo después: la desaparición de mi maestro inolvidable, de brillante talento e incansable laboriosidad, Horacio P. Piñero; otros rumbos siguió la vida y la formal promesa de acompañarlo que dejé a Belou en aquel momento, debió esfumarse por la fuerza de los acontecimientos.

Repito que me refiero al año 1917; sin embargo, como lo veremos en seguida, la idea de agregar una Escuela Preparatoria de Medicina a la Universidad platense era muy anterior, lo supe largo tiempo después: tenía su origen lejano alrededor de 10 años antes, en manifestaciones oficiales y constaba en publicaciones de los años 1908 y 1915, exhumadas y reimpresas luego en el número 5 de la Revista del Centro de Estudiantes de Medicina de La Plata, correspondiente al mes de junio de 1915.

Pertenecen dichos documentos al Prof. R. Lehmann Nitsche, destacado antropólogo que entregó los mejores años de su vida a las Universidades de esta ciudad y de Buenos Aires.

Algunos de sus párrafos van a ilustrarnos al respecto. Reza así el título: "Proyecto de una Escuela Preparatoria de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata, presentado por el Dr. R. Lehmann Nitsche — catedrático ti-

tular (R. de la Universidad de Buenos Aires, IV-1915, página 192 a 200).

Se consignan en él notas como las que siguen: “Ya el 5 de enero de 1908, presentábamos al Consejo Sup. de la U. Nac. de La Plata, un proyecto que fué archivado, y en el diario local “El Día”, de la misma fecha, expusimos nuestras ideas, en un artículo del cual reproducimos los siguientes párrafos: “Seguramente no es nueva la idea de ampliar los límites del campo de acción científico que actualmente abarca la Universidad platense.” “La creación de una Facultad de Medicina que de ella dependiera ha constituido motivo de estudio por parte de los intelectuales que ven así en su realización, no solamente el resultado de los utilísimos servicios que prestaría, sino un avance progresivo, que impulsaría a la Institución...”

“Es menester confesar desde un principio —dice en seguida— que tal proyecto, antes de triunfar, ha de encontrar grandes obstáculos y dificultades que salvar, como la carencia de recursos, gran barrera que a él se opone.”

“Tampoco se dispone de personal apto para el desempeño de las cátedras, ni se cuenta con clínicas indispensables para estudio del alumnado ni hospitales donde pueda seguirlo prácticamente.”

“Falta lo esencial: la base.”

“A la fundación de una Facultad de Medicina en La Plata se opone otro gran inconveniente: la influencia de los elementos de la que existe en la Cap. Federal.”

Su temor al fracaso reside, según acaba de oirse, en la fundación de una Facultad completa. Por eso a renglón seguido Lehmann Nitsche, concreta el proyecto en esta forma: “Otra cosa sería la creación de una Facultad incompleta que se anexaría a la Universidad platense, institución que solamente abrazaría los tres primeros años de estudios; es decir, de una Escuela en la cual se dictara únicamente la enseñanza preparatoria, de modo que luego el estudiante pueda ingresar a la Facultad de Medicina de Buenos Aires o a la de Córdoba.”

Señala “... que no será aventurado afirmar que mu-

chos alumnos, y especialmente de Buenos Aires, vendrían a engrosar el número de los que cursan sus estudios en La Plata”; piensa que “la Facultad bonaerense vería con agrado que en La Plata se estableciera un curso paralelo de las materias preparatorias”, pues está convencido de que es casi imposible cursar con aprovechamiento los primeros años preparatorios en la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

Su preocupación inmediata es la de examinar si los elementos de que dispone la Universidad Nacional de La Plata “son de la competencia necesaria para dictar esas materias preparatorias de la medicina”; transcribe el plan de estudios de la Facultad de Buenos Aires y concluye en que, “fuera de la Anatomía Descriptiva las restantes son explicadas por profesores de reconocida capacidad intelectual, tanto en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, como en la Ciencias Físico-naturales.”

Agrega que su modelo para el caso es de las Escuelas francesas existentes en Besançon, Clermont y Poitiers, tituladas *Escuelas Preparatorias de Medicina y Farmacia* y hasta indica que en cuanto al edificio dónde dictar en La Plata, la Anatomía Humana, muchos existen en el terreno ocupado por la Facultad de Agronomía y Veterinaria disponibles para cualquier fin, aunque sin terminar.

El terreno y los edificios incompletos de referencia son los que visité con Belou en aquella tarde que he querido recordar, porque fué mi primer contacto con la Universidad de La Plata, son los que forzosamente modificados, ocupamos hoy, en una de cuyas aulas estamos reunidos.

El artículo en el diario local “El Día”, citado por Nitsche y la Rev. de la U. de Bs. As., fueron desde luego los primeros fuertes y visibles jalones que exteriorizaron entre 1908 y 1915 la idea y propósito de fundar la Institución de nuestra actual Facultad de Medicina.

Recuerda el autor del proyecto que éste fué archivado luego de su presentación. Con todo, es evidente que se le reavivó reiterándosele después. Lo prueba por una parte el

hecho de que el Presidente Rivarola designara al Prof. Belou para organizar la Ésc. Preparatoria en 1917, y por otra, que el mismo digno Presidente había elevado al Poder Ejecutivo Provincial, uno o dos años antes de la creación (en 1918) del “Centro Pro-Escuela de Medicina compuesto por estudiantes secundarios de la ciudad, un proyecto para obtener rápidamente la realización de la idea que ya existía en el ambiente estudiantil —se pedía entonces el Hospital Policlínico—. Consta también en el artículo que aparece en el número 1 de la Revista del Centro de Estudiantes de Medicina, que voy glosando, titulado :“Breve reseña sobre la creación de la Escuela de Ciencias Médicas”. Dicho proyecto no prosperó en el primer momento porque el nosocomio pedido tenía ya destino.

Surge con evidencia, de los datos a mi alcance —pues ignoro las fechas de la designación del Prof. Belou y la de la nota del Presidente de la Universidad al gobierno provincial, que autoridades y estudiantes, en comunidad de propósitos propulsaron la idea y su ejecución con perseverancia encomiable, entre los años 1917 y 1918.

Su resultado fué el triunfo más completo. La Escuela se fundó el 19 de mayo de 1919 en solemne ceremonia llevada a cabo en el Salón de la Biblioteca del Instituto del Museo; iniciaba su camino una nueva rama de la Universidad que había de crecer vigorosa, hasta llegar al grado de Facultad, jerarquía que tantos temores produjo a priori en la mente de su iniciador.

Había llegado el día del tan esperado y perseguido acontecimiento; se alcanzaba el episodio culminante de tantos esfuerzos. Se cruzaba el umbral de la angustiosa expectativa y se iniciaba al fin, una vida gestada en ambiente de alarmante indiferencia, incredulidad, y hasta de cierta hostilidad.

Por sobre todo esto, la Universidad sentía el éxito; los poderes públicos nacionales y provinciales que debieron intervenir para autorizar la fundación que abría sus puertas, habían confiado al máximum en su seriedad. Era

natural que, en análoga proporción, experimentara las satisfacciones del triunfo y saboreara las del relativo reposo que de ordinario le sigue.

Quedaban allanadas las dificultades que lógicamente debieron presentarse en la creación del nuevo ser universitario, delicado e inestable como un embrión temprano. Por eso, cuanto más se analiza, tanto más se admira la generosa trayectoria de su gestación y tanto más se estima el paternal cuidado que le prestaron sus primeros Directores.

Evoca mi memoria en este instante, el episodio a que nos conducen como culminación de los mismos, los hechos antes referidos las impresiones personales entonces recibidas, dado que tuve la honra y fortuna de tomar parte en él, van a permitirme entrar brevemente en algunos detalles de su realización.

La tranquila ciudad, quizá ajena en su mayor parte, al acto que realizaba su Universidad, en esa tarde inolvidable recibía la luz de un sol espléndido, y a la vez la llenaba de tibieza.

Designados por la Facultad de Ciencias Médicas habíamos acudido desde Buenos Aires, para representarla, los miembros de la Delegación, formada por el Consejero Dr. Osvaldo Loudet, el Profesor titular de Anatomía Topográfica Dr. A. López Figueroa y el que os habla, Profesor suplente de Fisiología.

La Biblioteca del Museo reunía ya a nuestra llegada, una numerosa concurrencia de ambos sexos, constituida por autoridades, delegaciones, profesorado universitario, representantes destacados de la sociedad platense y estudiantes, entidades cuya presencia denunciaba el interés despertado en el ambiente intelectual, por el acontecimiento que se iba a celebrar.

Presente tengo la solemnidad que lo caracterizó, la jerarquía intelectual que destacó a los discursos pronunciados por el Sr. Presidente Dr. Rodolfo Rivarola y el delegado organizador de la Escuela, Profesor Belou, sus proyecciones y profundidad de conceptos. Guardo también

lo esencial de las sencillas y frescas palabras con que el representante estudiantil, cuyo nombre lamento haber ignorado siempre, destacó la participación que cupo en la empresa al Centro Pro-Escuela de Medicina y en particular la inequívoca benevolencia con que concurrió a sancionarla el Poder Ejecutivo de la Nación, presidido entonces por el Dr. Hipólito Irigoyen a quien acompañaba como Ministro de Justicia e Instrucción Pública el Doctor Antonio Salinas.

Todo fué dignidad y seriedad en aquel acto académico. Al terminar, los concurrentes oficiales y un grupo estudiantil fueron invitados a beber una copa de champagne en homenaje a los gestores de la obra cuya creación acababa de sancionarse. Traigo a colación este último detalle, porque durante el traslado de los invitados al salón donde se la serviría, el Maestro López Figueroa y yo, ante algunos amigos, hicimos notar que el magnífico acto había padecido de una involuntaria omisión; nuestros colores, nuestra bandera, en esa fiesta celebrada por una institución nacional no se había izado en el edificio de su realización para presidirla con su simbólica autoridad.

Oídos a la vez por el digno Director del celebrado Instituto, A. Lafone Quevedo, su reacción fué viva y dirigiéndose a nosotros nos aseguró que no se pondría el sol sin que flameara al tope del mástil la enseña nacional. Se alejó e instantes después, regresaba el sabio anciano, para comunicar que había dado cumplimiento a su promesa.

Docenas de escarapelas azul y blanca se ofrecían al mismo tiempo a la vista de todos, durante esa parte que constituyó el final de aquella fiesta.

Así marcó la hora de entrar en la ruta de la enseñanza, la ceremonia de fundación de la Escuela Preparatoria de Medicina.

Sus primeras etapas fueron duras, difíciles, llenas de amenazas para su precaria existencia.

Los efectos de la violenta sacudida universitaria que

sufrió el país durante ese año, la condujeron a la peligrosa acumulación de tres períodos de inscripción en el primero de los cursos.

Con referencia a esta época, dicen los estudiantes en su citado artículo del primer número de su revista (diciembre de 1921) que “en cierto momento se produjo un serio desequilibrio en la vida de la Escuela; pero éste tuvo lugar cuando el entonces Presidente de la Universidad, Dr. Carlos Melo se opuso a la reapertura de aquella, mientras en los demás Institutos ya se dictaban clases y hasta llegó a clausurarla...” “Fué en esta circunstancia cuando hubo de temerse por la vida de la Escuela; pero fué también entonces cuando todos sin excepción, demostramos que si existía empeño en cerrarla, bajo el pretexto de que su mantenimiento entrañaba un gasto exorbitante todos estábamos empeñados en mantenerla a toda costa...”

Llama mi atención otro párrafo en que dice: ... “Este desequilibrio de que hablamos, fué conjurado y lo que parecía muerte inminente concluyó por una cura radical y pudimos afirmar con toda convicción, que la Escuela gozaría de una floreciente longevidad.” Curioso y previsor anuncio de absoluta confianza, propia de espíritus generosos y fuertes. Hace 23 años que se formuló. La Escuela amenazada, lleva diez años de convertida en Facultad. El recordado cúmulo de alumnos inscriptos en el primer año constituyó según nuestro entender, causa fundamental que comprometía su existencia. No podía resolverse el problema de la Cátedra e Instituto de Fisiología; faltaba el puente indispensable para entrar en el terreno de su desarrollo —tenderlo nos comprometíamos sin exigencia alguna—; generosamente, la colaboración de los profesores Martínez y Tedeschi permitió llevarla a cabo, y el 23 de julio de 1921, el Director Dr. Emilio E. Cortezzi, anunciaba y presenciaba la primera clase de Fisiología. Raro destino el mío de tan gratas consecuencias como la que en este momento me depara y ha sido la de guardarme para desempeñar la cátedra que se me reservó

desde que se dieron los primeros pasos para crear la Escuela.

Por diversas y dolorosísimas razones en varios casos, aquel grupo fundador —como lo designan las actuales autoridades de la Facultad—, grupo que constituíamos nueve profesores, ha quedado reducido a cuatro. Los profesores Galli, Galíndez, Dasso y el que habla. Atentos al cumplimiento de nuestro deber, concurrimos aún hasta el recinto en que por propia elección se distribuye el alumnado.

Nos cubre a algunos la albura irreversible de nuestros cabellos. Ella dice con elocuencia sobrada cuan lejos nos encontramos del ayer que fué testigo de los impulsos primeros.

Jóvenes alumnos:

Estamos aún a vuestro lado, sirviendo de eslabón unitivo entre dos épocas: la que hoy, en nuestro sutil concepto de tiempo damos por cumplida al celebrar las bodas de Plata de la Institución y la que sin solución de continuidad ahora se inicia.

Para nosotros cada día se extiende más el pasado y el futuro limita sus perspectivas, cada vez menos atractivas, menos soñadoras. Para nosotros también las satisfacciones infinitas que nos ha deparado el esfuerzo que desarrollamos con disciplina y cariño por la enseñanza.

Nada más significativo que sabernos “abuelos intelectuales” a través de los que hoy maestros, fueron discípulos ayer.

Ha surgido un nuevo optimismo al comprobarlo; comprendemos que la obra sobrevivirá a perpetuidad. Por eso, sin preocupaciones a su debida hora, sobre la marcha y siempre encendida entregaremos a nuestros proscritores la simbólica antorcha que el pasado puso en nuestras manos y hemos de seguirla, aunque sea marcando el paso, aunque sea turbia la mirada, para contemplar sus destellos con placer infinito.

Un vehemente deseo, una aspiración sin reparos formulo y dejo expresados en esta feliz oportunidad.

Que vuestros esfuerzos, conducidos con alto patriotismo y dignidad os permitan celebrar las bodas de oro en esta Casa, engrandecida por los prestigios de vuestra honorabilidad y vuestra ciencia.

Señor Decano:

He tenido la honra de encontrarme asociado a vuestra personalidad y nombre enaltecido por el trabajo en la excepcional circunstancia que os ha tocado en suerte: presidir la celebración de las bodas de plata de esta Escuela de Medicina cuya dirección puesta en vuestras manos, continúa con el unánime aplauso.

DISCURSO DEL SEÑOR PROFESOR Dr. INOCENCIO F. CANESTRI

Señor Presidente de la Universidad

Señor Decano

Señores Consejeros

Señores Profesores

Señores alumnos

Señoras

Señores

Hace hoy 25 años, en el atardecer de un plácido día de otoño como el de hoy, tenía lugar el acto inaugural de la Escuela Preparatoria de Ciencias Médicas.

La idea de su creación surgida de la necesidad de dotar a los alumnos que se iniciaban en el estudio de las clínicas con una sólida preparación teórico-práctica en las materias básicas, tuvo en el Dr. Rodolfo Rivarola, entonces Presidente de la Universidad, su más decidido y entusiasta impulsor. Colaboraron con él y con singular empeño el Dr. Belou, que proyectó la organización y los doctores Enrique Herrero Ducloux y Roberto Lehmann Nitsche.

El Museo, de severo corte clásico, emplazado en los jardines de la Ciudad Universitaria que soñara Joaquín V. González, prestaba a la ceremonia un marco adecuado y solemne.

En medio de la numerosa concurrencia que ocupaba el gran anfiteatro, un núcleo compacto de alumnos, en su mayoría egresados del Colegio Nacional de la Universidad, escuchaba con religiosa atención el discurso del Doctor Rivarola, que con palabra cálida y elocuente habló de la génesis del proyecto, de los pormenores de su realización, de las posibilidades inmediatas y las magníficas perspectivas abiertas al futuro.

Impresionaron vivamente mi espíritu, por el tono de la voz, por la solemnidad del momento, por la profundidad del simul feliz, las palabras sacramentales con que puso en posesión de su cargo al nuevo Director: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi escuela."

A continuación el Dr. Pedro Belou de ya larga y brillante actuación profesional en la ciudad de La Plata y merecido prestigio como docente en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, expuso el significado de la obra, el plan de acción y la lista del primer cuerpo de profesores: Dr. Daniel Greenway a cargo de Parasitología; Doctor Augusto Scala a cargo de Botánica Médica y Dr. Pedro Belou a cargo de Anatomía Descriptiva (1ª parte). Colaborarían en la enseñanza como Jefes de Trabajos Prácticos los Dres. Max Biraben, Ana Manganaro y Alberto Gutiérrez, respectivamente.

De inmediato, en local provisorio y con escasos recursos de presupuesto, la Escuela se puso en marcha.

Las aulas y laboratorios del Museo fueron suyas y en los oscuros laberintos del subsuelo se instaló —permítasenos la expresión—, el anfiteatro de Anatomía Descriptiva junto a los depósitos de material paleontológico; allí en estrecha vecindad alternaron el esqueleto del Homo sapiens, la carapaza del gliptodonte y el fémur y el coxal del dinosaurio, todavía envueltos por la arcilla del subsuelo patagónico.

La vida de la Escuela en el Museo fué efímera. A medida que las clases y la enseñanza práctica se intensificaban, la necesidad de espacio y libertad de acción crecieron, haciéndose imperioso su traslado a un local más amplio, que la Universidad pudo brindar en los galpones de la Facultad de Agronomía. Estos galpones, sirvieron de base a las construcciones, ya que no podemos hablar de edificio, que disponemos en la actualidad.

En el año 1920, luego de una breve clausura que amenazó ser definitiva, de acuerdo a la Facultad de Medicina de Buenos Aires se modificó el plan de estudios, y el primer curso de 1919 se refundió con el del año 1920.

La fortuna me concedió el hermoso privilegio de ver nacer y crecer a esta Casa, a la que permanecí ligado en todo momento como alumno, Auxiliar de enseñanza y Docente. En ella ví actuar a muchos hombres y con algunos forjé amistades verdaderas. Ví pasar los estudiantes de 25 cursos, con sus inquietudes y sus rebeldías. Porque participé de todas sus desazones, de todas sus alegrías, porque viví toda su vida, sabréis justificar mi emoción y mi entusiasmo, a veces un poco pueril o romántico.

Serenada la Universidad, la Escuela adquirió pronto su ritmo de vida juvenil y entusiasta. En un ambiente reducido, casi familiar, sin aparatosidad académica, sin exteriorizaciones ruidosas, se enseñaba y se aprendía afanosamente.

Eran los tiempos heroicos.

Está vivo y patente, el recuerdo de los jóvenes profesores de nuestros tres primeros años: Francisco Rophille, Víctor Widacovich, Eugenio A. Galli, Frank L. Soler, Virginio Tedeschi, Benjamín Martínez, Lorenzo Galíndez, Héctor Dasso, Christofredo Jakob, Daniel Greenway y Alejandro Ceballos.

Parece ayer. Pero nos llaman a la realidad, las cabezas blanqueadas por el polvo del camino de la vida y la ausencia definitiva de Augusto Scala, Víctor Widacovich, Virgilio Tedeschi y Daniel Greenway.

Para ellos en este momento, la ofrenda de nuestro más puro y hondo sentir. Para aquellos que viven aún y alejó el vaivén de las cosas o el merecido descanso al final de la jornada: Pedro Belou, Francisco Rophille, Benjamín Martínez, Christofredo Jakob y Alejandro Ceballos nuestros más vivos afectos y profunda gratitud.

Para los que siguen en la brecha, pujantes y tenaces, con el vigor y entusiasmo de los primeros días: Frank L. Soler, Eugenio Galli, Héctor Dasso y Lorenzo Galíndez, el cariño y el respeto de los que seguimos siendo sus discípulos.

Después de tres años los alumnos de los primeros cursos (hasta 1928), debíamos finalizar los estudios en la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

Qué violento el cambio, qué rudo el contraste. La vida agitada de la capital, el afanoso trajín en la dilatada extensión de la nueva Facultad, sus grandes edificios, sus hospitales, la multitud estudiantil desconocida, indiferente, sus graves profesores, agrandados a nuestros ojos por el ambiente y el prestigio que da lo desconocido, desconcertaba a nuestro espíritu provinciano.

Y a pesar de aclimatarnos, con el tiempo se hizo carne un sentimiento, surgido al conjuro de despechos, de viejos cariños, de recuerdos melancólicos, como el que tienen por la aldea lejana, los rudos emigrantes. Se despertó en nosotros, trasplantados al ambiente de la gran Universidad metropolitana, el orgullo de llamarnos “de La Plata”. Y a fuer de verdad, que los estudiantes platenses, se distinguían por sus valores positivos. Lo decimos sin vanas jactancias, porque no era imputable a la capacidad e inteligencias individuales, era el resultado de un método didáctico: enseñanza intensiva en núcleos pequeños, contacto íntimo y frecuente de profesores y alumnos —espíritu de escuela— ya previsto por los fundadores de esta Casa.

Por eso en el correr del tiempo, a pesar de los obstáculos puestos a su desarrollo en salvaguardia de pequeños intereses y a la indiferencia de muchos, la escuela

seguía una marcha progresiva prestigiada por la seriedad de su organización, la eficiencia de su labor y la autoridad de su cuerpo docente.

El 31 de diciembre de 1928, se crea el cuarto año de estudios, obteniéndose del gobierno provincial, la cesión de servicios hospitalarios para las materias clínicas y las especialidades. Y seis años después, el 4 de enero de 1934, el Consejo Superior de la Universidad aprueba la Ordenanza que la transforma en Facultad de Ciencias Médicas, completando con la creación del quinto y sexto año de estudios el ciclo de la carrera. Esta Ordenanza fué sancionada por resolución del Poder Ejecutivo Nacional el día 20 de marzo del mismo año. La vieja escuela preparatoria ascendió de jerarquía en el concierto de la Universidad y cambió de nombre. Sus aulas y sus laboratorios se agrandaban, el alumnado crecía y el cuerpo académico se enriqueció con la incorporación de nuevas figuras, muchas de ellas ya consagradas.

La escuela surgió a la vida en una época de profundas transformaciones políticas, económicas, sociales y científicas. El mundo acababa de sufrir los efectos de la gran guerra 1914-18 y como para olvidar sus horrores en todos los países se trabajaba, se estudiaba, se investigaba, febril y afanosamente, produciéndose así un hermoso reverdecimiento de la ciencia.

La medicina hizo progresos extraordinarios. Nuevos conocimientos, nuevas adquisiciones se sucedían sin interrupción, y se hicieron tan extensos sus campos que se acentuó la necesidad de especialización cada vez más rigurosa. Por éso el médico universal, el que ejercía todas las ramas del arte, que trataba al hombre en todas las etapas de la vida, desde su nacimiento hasta la muerte, el mentor, el consejero de la casa, no podía subsistir. Así el médico perdió en influencia familiar, lo que ganó en prestigio científico.

Estas circunstancias coincidentes, hicieron resaltar con caracteres más netos, la gravitación de la escuela en

el ambiente platense, cuya vida profesional a pesar del valor práctico y científico indiscutible de muchas de sus figuras, entre las cuales algunas colaboraron desde el primer momento en la enseñanza, era tranquila y apacible.

Y así, la presencia de este centro de estudios, hizo sentir sus efectos. La Sociedad Médica, retomó nuevos bríos. Los trabajos y las observaciones presentadas y discutidas en su seno, se multiplicaron y un vivo despertar de inquietudes científicas encontró su clima propicio.

Dentro de la medicina nacional, la facultad de La Plata ocupa un lugar destacado. El esfuerzo de sus hombres, el resultado de sus trabajos e investigaciones, difundido en libros, revistas, publicaciones de sociedades y congresos argentinos y extranjeros, se caracteriza más y que por su volumen, por su valor intrínseco, su seriedad y probidad científica. El sensacionalismo es desconocido.

Cuenta también con verdaderos maestros, que hacen escuela, y cuyos nombres han traspuesto ya las fronteras de la ciudad y del país.

Los que llevados por impaciencias, o parangones artificiosos, quisieran más, deben recordar, que desde aquella tarde memorable del Museo hasta hoy, sólo han transcurrido cinco lustros.

Celebramos estas bodas de plata en un momento aciago de la historia, en que se conmueve hasta sus cimientos el edificio milenario de nuestra civilización occidental, clásico-cristiana, cuya grandeza material, forjaron el tecnicismo y la ciencia.

Sin embargo a pesar de los hechos, por encima de la realidad sangrienta, debemos seguir creyendo en el poder de los valores éticos, en la fuerza ineluctable de los ideales, que germinan en floraciones magníficas en estas tierras casi vírgenes de nuestra América.

Señores: Nuestra Facultad carece de tradición porque es joven para ello, pero tiene espíritu, pero tiene

alma, que prendió en ella como un milagro hace exactamente 25 años.

Hagamos votos para que ese fuego sacro brille perenne y que al trasmitirse a sus iniciados, los eleve, los mancomune, les dé fuerza en la lucha, sentido humano en la vida y fe en el porvenir.